

Las legiones malditas

Santiago Posteguillo



Cerro de las Albahacas, Santo Tomé (Jaén), donde según las últimas investigaciones tuvo lugar la batalla de Baecula. Foto: Centro Andaluz de Arqueología Ibérica (Pedro Bellón Ruiz)

La batalla de Baecula se contextualiza en la II guerra púnica que se desarrolló en los albores del siglo II a. de C. entre romanos y cartagineses, y que tuvo en la Península Ibérica uno de sus principales marcos de acción. En *Las legiones malditas* el autor hace una descripción pormenorizada de la situación de ambos bandos, analizando las claves de una de las batallas que marcarían el devenir de la civilización romana en suelo ibérico y que supuso la derrota de las tropas de Asdrúbal a manos de Escipión el Africano. Aunque históricamente se vinculó Bailén como el escenario de la batalla, recientes investigaciones del Centro Andaluz de Arqueología Ibérica (CAAI), en el marco del proyecto Baecula, han concluido que el lugar exacto estaría cerca de la población jiennense de Santo Tomé (para saber más del proyecto, consultar sección Convocatorias, p.124).

Vanguardia cartaginesa

Los honderos baleáricos cargaron sus hondas y empezaron a hacerlas girar. Pronto un denso zumbido de centenares de hondas en movimiento, girando y girando para que los proyectiles adquirieran una velocidad mortal, se apoderó de la cima de la ladera. Tras ellos la infantería ligera africana preparaba sus jabalinas y, al fondo, los caballos de los jinetes húmedas piafaban y agitaban sus cabezas inquietos. Los animales olían la antesala del combate y tensaban sus músculos.

Vanguardia romana

Los hombres de Terebelio llegaron al pie de la ladera. Miraron un instante hacia arriba, pero un zumbido intenso les hizo protegerse con sus escudos de forma instintiva,

agachándose en cuclillas y conteniendo la respiración. Una lluvia de piedras bajó del cielo estrellándose contra sus escudos, cascos y protecciones de brazos y piernas. Algún grito se escapó, pero apenas cayó ningún hombre. Quinto Terebelio observó el ala de marineros dirigidos por Digicio. Hacían lo propio.

-¡Esperad! -gritó Quinto a sus hombres-. ¡Ahora lloverán jabalinas! ¡Esperad, mantened los escudos en alto! ¡Mantenedlos en alto!

Y un silbido cruzó el aire. Las lanzas caían por todas partes. Algunas atravesaron escudos y seccionaron brazos. Los aullidos de dolor se multiplicaron. La andanada de proyectiles cesó. Terebelio sabía que ahora vendrían las piedras de los honderos una

vez más. Era mejor intentar ascender contra piedras que contra jabalinas.

-¡Ahora, rápido! ¡Ascended protegidos por los escudos! ¡Los escudos por delante! ¡Ahora!

Los legionarios empezaron a trepar por la ladera, un brazo sosteniendo el escudo en alto y la otra mano agarrándose a los matorrales y los resquicios de roca para poder ayudarse y trepar mejor por aquella escarpada ladera. No era un ascenso especialmente difícil, pero sostener el escudo, resistir la lluvia de piedras y las intermitentes andanadas de jabalinas dificultaban la subida enormemente. Muchos perdían el equilibrio, soltaban el escudo para no caer hacia atrás rodando, pero entonces eran golpeados por varios proyectiles y atravesados por

lanzas; caían heridos de muerte rodando en su descenso como troncos recién cortados y arrastraban consigo a varios compañeros de armas. No iban a conseguirlo. Terebelio se detuvo a mitad de camino. La ladera era una acusada pendiente de sesenta grados con unos cuarenta pasos de longitud. Miró hacia Digicio y los suyos. Estaban al igual que ellos enfrascados en medio del ascenso, pero parecían encontrar los mismos problemas. Pero no cejaban. Había que admitir que aquellos marineros tenían agallas.

-¡Por Hércules! -clamó Terebelio-. ¡Esos marineros van a alcanzar la cima antes que nosotros! ¿Vamos a permitir semejante humillación? -Y sin esperar respuesta de sus hombres se lanzó en una larga carrera, asiendo el escudo con energía y trepando como un gato. Varias piedras golpearon contra su arma defensiva y un proyectil, rebotado del escudo de algún legionario que seguía sus órdenes, le pegó en un ojo abriéndole una tremenda brecha. Terebelio se detuvo un instante. Se sintió mareado, pero percibía cómo varios de sus hombres le rebasaban continuando el ascenso. Eran unos valientes. No podía quedarse atrás. Era el *primus pilus* de la legión. Sacudió la cabeza y recuperó el resuello y la noción del equilibrio. Se alzó de nuevo y lanzando un grito infernal ascendió los últimos pasos hasta alcanzar la cima de la ladera.

-¡A la carga, a la carga! ¡Acabad con todos estos miserables!

La llegada de Terebelio a lo alto de la planicie animó a los pocos legionarios que habían llegado a la cumbre. Se reagruparon y en un instante empezaron una lucha cuerpo a cuerpo, primero contra los confundidos honderos y luego contra los infantes africanos. Los baleáricos cedían terreno con rapidez, lo suyo no era el combate cara a cara, sino el bombardeo a una distancia segura. Esta retirada de los baleáricos fue un grave error para el conjunto de las tropas cartaginesas, pues mientras los honderos eran relevados por la infantería ligera africana, los romanos tuvieron un minuto clave de tregua

en su ascenso por la ladera, consiguiendo así que todas sus tropas ligeras accedieran a la planicie y pudieran disponerse en formación ante la infantería africana.

Retaguardia romana

-¿Por qué no usa la caballería nómada?
-Lelio no comprendía bien las maniobras de las tropas enemigas.

-No tienen espacio para una carga -explicó Publio-. Están encajonados entre la segunda ladera y la línea del frente de batalla al borde de la primera planicie. No hay espacios en la primera terraza para movimientos de gran número de tropas. La caballería, igual que los elefantes, no son de gran utilidad en espacios cerrados como las dos mesetas en las que Asdrúbal se ha atrincherado. Era una posición defensiva, una buena posición defensiva, pero poco adecuada para el contraataque.

-Pues parece que Terebelio y Digicio están consiguiendo el objetivo -apostilló Lelio con orgullo.

-Así es, así es... y ahora debemos ayudarles. Mira. -Y Publio señaló hacia lo alto de la planicie superior donde se encontraba el grueso de las tropas cartaginesas-. Asdrúbal está sacando todas sus tropas del campamento y las está empezando a desplegar.

-Sí, diría que con los africanos, su infantería pesada en el centro y en las alas los mercenarios iberos... -confirmaba Lelio mientras se cubría los ojos para protegerse del sol.

Publio meditó unos instantes. Estaba dudando. Lo lógico sería hacer que sus tropas ascendieran a la primera planicie en bloque para reforzar la línea de ataque frontal que Terebelio y Digicio habían iniciado con éxito, pero eso terminaría en una lucha por tomar la segunda ladera contra las tropas pesadas de Asdrúbal, con los púnicos en lo alto y ellos intentando ascender y, aunque sin la misma eficacia que en una gran llanura, con los jinetes nómadas y los elefantes acosándoles por todas partes. Eso era lo que esperaba Asdrúbal. Al cabo

de una hora tendrían que retirarse sin poder tomar la segunda ladera, agotados y retirando centenares de heridos. Luego el cartaginés sólo tendría que sentarse en su colina y esperar la llegada de sus refuerzos del sur y del oeste para perseguirlos en una penosa huida de vuelta a Tarraco. Publio tragó saliva. Tenía la garganta seca.

-¡Agua! -exclamó.

Lelio se volvió raudo hacia los lictores que los escoltaban.

-¡Agua para el general! ¡Rápido, por Hércules! ¡Agua para el general!

Un aguador joven, de apenas diecisiete años, apareció a todo correr con un odre de piel lleno de agua. Vertió líquido en un cazo de arcilla, con muescas y una pequeña grieta, que traía para servir al general, y le acercó con brazo un poco tembloroso el vaso. El general asió la copa y bebió con ansia. Luego, antes de devolver el vaso se quedó contemplando las muescas. Nerón, el anterior general en jefe *cum imperio* en Hispania, sólo bebía de copas de plata u oro, pero Publio había insistido en usar el mismo material de intendencia que emplearan sus hombres.

-Tenemos que mejorar la vajilla de nuestras tropas, Lelio, recuérdame eso después de que hagamos salir a Asdrúbal de su madriguera. Además ese odre pierde agua -concluyó Publio señalando un vértice de la piel de cabra que servía de continente del agua por donde se veía un reguero de gotas viajando por la superficie del recipiente hasta ir cayendo sobre un pequeño charco que se había formado mientras el joven aguador sostenía el odre. El joven muchacho sintió vergüenza y miró al suelo.

Publio fue a decir algo más, pero su mente regresó al campo de batalla.

POSTEGUILLO, Santiago. *Las Legiones Malditas*. Barcelona: Ediciones B, 2010, pp. 151-154

La publicación de este fragmento de la obra *Las legiones malditas* ha sido posible gracias a la autorización de Ediciones B.

Texto propuesto por María Luisa Loza Azuaga